

DIEGO SABIOTE

Semillas del reino



Prólogo de
Alfonso López Quintás

ARS  POETICA

SEMILLAS DEL REINO

Diego Sabiote

SEMILLAS DEL REINO



ARS  POETICA

Diego Sabiote

SEMILLAS DEL REINO

Prólogo de
Alfonso López Quintás

colección
| NON OMNIS MORIAR |

ARS  POETICA
boutique de poésie

Semillas del reino
DIEGO SABIOTE

Colección:
NON OMNIS MORIAR

Dirección editorial:
Ilia Galán



© 2021 Diego Sabiote
© 2021 Alfonso López Quintás (del prólogo)
© 2021 ARS POETICA (de la edición)

EntreAcacias, S.L.
[Sociedad editora]
c/Palacio Valdés, 3-5, 1ºC
33002 Oviedo - Asturias (ESPAÑA)
Tel. (centralita): (+34) 984 300 233
info@arspoetica.es | pedidos@arspoetica.es

1ª edición: julio, 2021

ISBN: 978-84-18536-19-9
Depósito Legal: AS 01522-2021

Impreso en España/*Printed in Spain*
Impreso por Podiprint

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A Damià Vidal, amigo entrañable.

PRÓLOGO

PODER TRANSFIGURADOR DEL LENGUAJE POÉTICO

I

A medida que vivimos con cierta intensidad, observamos que vivir como persona es *transfigurar*. Transfiguramos los meros objetos en «ámbitos», es decir, en «realidades abiertas», realidades que se abren a nosotros para ofrecernos posibilidades creativas. Si asumimos estas posibilidades como propias y ofrecemos las nuestras, vivimos con esas realidades «experiencias reversibles».

- Nadar es una experiencia reversible. Yo asumo las posibilidades que me ofrece el agua, y aporto mi capacidad de sincronizar mis movimientos y deslizarme en ella.

- Una partitura me ofrece multitud de posibilidades de recrear una obra musical. Las recibo con talante creador, apporto mis posibilidades de interpretación y doy vida a la obra, aportándole sonoridad, calidez humana, capacidad expresiva.
- Una persona se acerca a mí y me invita a conversar. Yo respondo a su invitación, y creamos un diálogo fecundo, y, a través de él, una relación de encuentro.

Vivir como persona es crear; crear constantemente realidades *originarias*, que surgen como fruto de un entreveramiento de dos realidades abiertas, donantes de posibilidades creativas. Las realidades que surgen como fruto de este entreveramiento de tales realidades —que, más que objetos, son ámbitos de realidad, realidades abiertas y fecundas— son *originarias*, se hallan en estado naciente y necesitan un nombre que les dé categoría de existentes.

- Una cosa es el agua, otra el que se zambulle en ella y se desplaza por ella bien envuelto en su manto protector. Viene, entonces, el milagro del lenguaje y nos permite exponer rápidamente este acontecimiento con el término *nadar*.

- Abro una colección de sonatas de Beethoven, e interpreto una de ellas singularmente sombría y enérgica. Miles de sonidos brotan del teclado enardecido del piano y otras tantas sensaciones bullen en mi interior. El lenguaje acude en mi ayuda y me permite ordenarlo todo con una bella expresión: He tocado la *Sonata patética en do menor* de Beethoven. Tocar, en sentido de *interpretar*, no indica sólo una relación de vecindad. Implica que he asumido las posibilidades estéticas de la obra y les he dado cuerpo sonoro. La obra y yo éramos distintos y, tal vez, distantes hasta ahora. Merced al acto de interpretación nos hemos vuelto *íntimos*. Esta intimidad no significa que me he adentrado en ella, sino que la he convertido en el principio de mi actuación artística. Otra genialidad del lenguaje.
- Lo mismo sucede con un poema. Al declamarlo, el poema pasa de ser una realidad distinta, extraña y ajena al declamador a serle íntima, pues se ha convertido en un principio interno de inspiración. La transfiguración operada explica la maravillosa forma de entreveramiento que se ha creado entre la obra y el declamador. Ella le motiva a declamarlo y le ofrece

sus posibilidades estéticas. Él las asume y les da cuerpo sensible, vida, sonoridad, ritmo, tempo, vibración humana. Él se deja llevar por el poema, pero no de forma pasiva, sino activa, configuradora, verdaderamente creativa. Si nos preguntamos quién tiene la primacía —el poema o quien lo declama—, responderemos que se trata de un *acontecimiento relacional* en el que dos realidades distintas se entreveran para dar lugar a una tercera: el poema en acto de ser declamado; el declamador en acto de declamar un poema. Esta singular forma de encuentro creativo adquiere una forma precisa al recibir el nombre de *declamación poética*.

II

El proceso humano de desarrollo cultural es, todo él, una cadena bien trabada de transfiguraciones. Si nos adentramos en la riqueza que éstas encierran, podremos vislumbrar las alturas a que nos eleva el lenguaje poético. Revivamos este breve y denso poema de Antonio Machado (en su obra *Proverbios y Cantares*):

«Caminante, son tus huellas
el camino, y nada más.

Caminante, no hay camino;
se hace camino al andar.
Al andar se hace camino,
y, al volver la vista atrás,
se ve la senda que nunca
se ha de volver a pisar.
Caminante no hay camino,
sino estelas en la mar».

Es realmente bello este poemita; bello porque resulta *suggerente*. Parece que tiende a elevarnos, poner alas a nuestra imaginación para que nos elevemos del nivel de los caminos que están trazados por ciudades y campos y nos elevemos a las sendas invisibles de nuestros *proyectos de vida*. Estos proyectos se gestan y configuran en nuestro interior. Proyecto, por ejemplo, realizar un curso en una universidad, y, para realizarlo, sigo un determinado camino a diario. Para ello me valgo de los caminos que la sociedad ha trazado para facilitar los desplazamientos. Pero ¿a quién damos más importancia: a estos caminos –nivel 1– o a las rutas que he proyectado seguir –nivel 2–?

El poeta utiliza una misma palabra –«camino»– y la dota de un doble sentido. Tal ambigüedad llenará de

tensión y expresividad todo el poema. Al principio nos da una pista al vincular la expresión «tus huellas» con el sustantivo «el camino», pero seguidamente subraya la ambigüedad de este vocablo. Nos deja a los lectores la gozosa tarea de ir vislumbrando rápidamente en qué nivel se halla en cada momento el término «camino».

Comienza el poeta revelándonos su idea básica: «Son tus huellas/ el camino, y nada más». Mis huellas –es decir, el camino que voy trazando en cada momento para realizar un plan determinado– son lo primordial en la vida. Lo demás –los caminos del bosque, las carreteras, las calles, las rutas del aire..., entidades del nivel 1– son medios para realizar cada día esos planes que dan un sentido a nuestra vida. Esos planes diseñados por nosotros pertenecen al nivel 2, el de la creatividad y el encuentro.

El poeta se apresura a dejarlo bien claro al agregar: «Caminante, no hay camino,/ se hace camino al andar». Y lo esclarece, seguidamente: «Al andar se hace camino,/ y, al volver la vista atrás,/ se ve la senda que nunca / se ha de volver a pisar». En realidad, los planes que estamos realizando cada día son fruto de una decisión renovada; por eso cada viaje que realizo a dicho

centro universitario tiene un carácter *originario*, y he de vivirlo cada día con el vigor y la ilusión del principio, pues todos ellos están inspirados por una misma meta.

Recapitulando, el poeta concluye: «Caminante, no hay camino / sino estelas en la mar». Subraya el carácter fluyente de nuestros proyectos de vida, nuestros caminos interiores. Pero, en el contexto de este poema, las estelas no son imagen de lo efímero —que significa, literalmente, “flor de un día”—; indican, pese a su fugacidad, que tales proyectos han sido muy reales y eficientes, por haber tejido la trama de mis propósitos básicos (nivel 2). Los proyectos que uno se esfuerza en realizar a través de muchos y diversos recorridos (nivel 1), motivado por los grandes ideales que inspiran la propia vida (nivel 3) no desaparecen: perduran en el tejido que hemos urdido para configurar nuestro *êthos* o *segunda naturaleza*.

En este fugaz poema, Machado parece retirarnos el apoyo que nos dan las realidades sólidas del nivel 1, los caminos de todo género que la sociedad construye para facilitar nuestros desplazamientos. Es una sensación parecida a la que tuvieron tantas personas en el período de entreguerras cuando oyeron a los pensadores existencia-

les –Martin Heidegger, Karl Jaspers, Gabriel Marcel– proclamar la insuficiencia de las realidades «objetivas» –delimitables, asibles, manejables, analizables con métodos técnicos– y ponderar la importancia de las realidades «inobjetivas», equivalentes a lo que suelo denominar «realidades abiertas» o «ámbitos». Hoy sabemos que su propósito era mostrar la importancia decisiva de las realidades que nos hacen posible una vida creativa, abierta a los más altos valores.

Con maestría, lanza Machado nuestra atención del nivel 1 al nivel 2, y viceversa. Esta ambigüedad tensiona la marcha y concede al poema un carácter sugestivo. De forma indirecta, el poeta entona un himno a nuestro poder creativo y aviva nuestra conciencia de que la vida la configuramos a diario, merced a múltiples proyectos vitales que la sociedad debe promover, pero nunca agostar. Este afán creativo otorga al poema su amplio aliento.

III

Si todo esto es así, y bien seguro estoy de ello, no has de preocuparte, amigo Diego, de que tus amigos te reprochen –amablemente– que te guste ensalzar los can-

tos de los pájaros, y el sol y la luna que se nos entregan generosamente día y noche. Porque lo importante, lo verdaderamente decisivo en poesía es –a lo que entiendo– movilizar el poder transfigurador del lenguaje, y «mirar más allá», hacia la «tierra extraña» que el poeta anhela. (Cf. «El poeta y la vida»).

Lo que anhela y canta el verdadero poeta no son tanto la luna y las estrellas sino su generosa entrega de día y de noche, y el hecho de que existan pájaros que iluminen el aire con sus trinos, y nubes que rieguen la tierra. Lo poético no es tanto el trigo que ondea a la menor brisa de verano, sino el hecho de que se confabule el labriego con el océano, las nubes, el agua que empapa la tierra y el sol que, al final, dora la mies. Esta confluencia admirable lo transforma todo en *símbolo*, y hace que el pan simbolice la amistad de los hombres cuando el padre de familia lo parte, lo reparte y lo comparte, al tiempo que musita una oración de gracias al Creador que articuló el *ordo rerum* que ensambla benéficamente el entero universo.

Tu lúcida tendencia a *integrar* –no sólo sumar o amontonar– cuanto hay en cielo y tierra lo poetiza todo porque lo hace de verdad *transparente*, pues todo resplandece a una misma luz, sea el trino del canario,

sea el apacible amanecer, el niño y su inocencia confiada, el rumor inmortal de las olas que no cesan, un corazón limpio y generoso y «nuestra amistad verdadera que ya tiene el color de lo eterno» (Cf. «Transparencia»).

Cuenta el gran Goethe —poeta y maestro del buen saber—, que los hombres de la «provincia pedagógica» preguntaron a Wilhelm Meister «cuál es la cosa que nadie trae consigo al nacer y que es necesaria para ser plenamente hombre». Wilhelm meditó brevemente y movió negativamente la cabeza. Tras una vacilación, dijeron ellos en alta voz: «¡*La reverencia!* Les falta a todos, tal vez a vos mismo»¹

Esta actitud de respeto admirativo hacia toda la creación la irradian tus versos, amigo Diego, y los eleva a esa alta cota humana donde reinan la belleza y la paz. Esa paz profunda y valiosa que cantó el mismo Goethe en un verso inmortal: «Auf allen Gipfel ist Ruh!», en todas las cumbres hay calma. Y «toda la claridad de la primera mañana del mundo» (Cf. «Transparencia»).

ALFONSO LÓPEZ QUINTÁS

¹ Wilhelm Meisters Wanderjahre, libro II, cap. 1.

*A la sabiduría le gusta estar
allí donde juegan sus hijos
porque ella misma es una niña.*

¡Tierna maravilla!

Angelus Silesius

*Mi parte en la fiesta fue tocar este instrumento,
y he hecho todo lo que pude.
Y ahora te pregunto: ¿no es tiempo todavía
de que yo pueda entrar, y ver tu cara, y ofrecerte
mi saludo silencioso?*

Rabindranaz Tagore

LOS POETAS

*A Carlos Osoro, que sabe cantar
con su vida el evangelio de Jesús,
el canto más bello.*

Los poetas no son peritos en nada.
En su sabiduría,
ellos se nutren y sustentan
del manantial de la vida.
Sus voces y sus cantos
llegan a lo más hondo.

Sus poemas son luminosos.

I
LA VIDA

LA BÚSQUEDA

Buscaba el canto,
encontró la vida.

RESPLANDOR

Hizo su opción por la Vida.
Con la luz del sol,
cada mañana, nos llega
su resplandor.

BAJO EL CIELO ESTRELLADO

Bajo la luz que regala
el sol y el cielo estrellado,
todo tiene su momento;
también el canto.
La luz del canto del gallo,
siempre antes del amanecer.

FIDELIDAD

En sus raíces tanta sombra
como luz y cielo en sus alas.

Lejos del paraíso,
la palmera y su dulce vuelo.

Aun en tierra extraña,
fidelidad a las buenas costumbres.